

## Introducción

Éste no es un libro sobre fútbol, aunque también trata de él. Pretende abordar lo que significa este deporte en los más diversos ámbitos: político, social, económico, cultural, solidario y educativo. No hay fenómeno alguno comparable al fútbol. Su capacidad de influencia se produce en todos los órdenes y además de manera internacional. Prácticamente no hay rincón en el planeta en el que una pelota –o algún objeto similar– haya dejado de dar lugar a un partido de fútbol.

A más de uno le puede chocar una publicación de este tipo. Ya dijo Jorge Valdano que «alguien que pretenda reflexionar sobre el fenómeno del fútbol no tiene buena aceptación». También el periodista y escritor uruguayo Eduardo Galeano escribió algo parecido: «¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales».

Hasta hace poco la relación entre el mundo intelectual y el fútbol era distante. En sus orígenes, cuando el fútbol estaba poco regulado, era visto como un deporte de analfabetos y gente ruda. Posteriormente fue considerado el opio del pueblo, ese instrumento al servicio del poder con el que cautivar ideológicamente a la población y mantenerla en un estado de calma política. Todavía hoy día sigue siendo denostado por algunos que no comprenden cómo es capaz de atrapar a tanta gente. Poco a poco, sin embargo, el fútbol ha ido ocupando el sitio que le correspondía y en el siglo XXI se ha convertido, como apuntase Manuel Vázquez Montalbán, «en la droga dura de las democracias».

El origen de este libro se remonta unos años atrás, cuando en 2003 me embarqué en un proyecto empresarial relacionado con el balompié y simultáneamente comencé a preparar

mi tesis doctoral sobre la gestión de los clubes de fútbol. Aunque siempre he tenido cerca un balón, me quedé maravillado por todo lo que fui descubriendo, sorpresa que aumentaba a medida que la exploración avanzaba. Nunca pensé que un esférico pudiese dar tanto de sí. Consideré entonces que era necesario condensar y transmitir en papel todo aquello que me había llamado la atención y que intuía que era poco conocido para mucha gente.

En primer lugar, el fútbol es un fenómeno político que ha sido utilizado –y sigue siéndolo, aunque de manera más sutil– por los gobiernos para vincular éxitos futbolísticos con triunfos políticos. Las victorias alimentan el orgullo de la nación al tiempo que sirven de excusa para desviar la atención de otro tipo de problemas. En otros casos el fútbol es el recurso con el que aquellos países en proyecto tienen la oportunidad de ganarse el respeto en la escena internacional. Lo dijo el camerunés Roger Milla: «Gracias al fútbol un país pequeño puede ser grande».

El fútbol es también un fenómeno social capaz de alterar hábitos que parecen inamovibles. Algunos incluso han establecido un paralelismo entre la forma del globo terráqueo y la pasión que despierta el balón. Fue un periodista alemán quien sentenció que «el mundo es redondo porque Dios es hinchado del fútbol». Es posible, por qué no.

Igualmente el fútbol es un gran fenómeno económico. En España entre efectos directos e indirectos representa más del 1% del Producto Interior Bruto (PIB) y de él se benefician empresas del sector textil, agencias de viajes, hostelería y un sinfín de negocios adyacentes. La última Eurocopa de 2008 de Austria y Suiza generó en todo el continente europeo 1.400 millones de euros y la victoria de la selección española supuso para nuestro país una inyección de 90 millones de euros. La liga española ha pasado a denominarse Liga BBVA y son numerosas las entidades financieras que a través de diferentes iniciativas –depósitos, tarjetas de crédito, fondos de inversión– intentan aliarse con el deporte rey al ser conscientes del gancho que tiene entre la población.

El fútbol es asimismo un fenómeno cultural. Su capacidad de seducción entre la población ha dado lugar a la aparición de numerosas producciones artísticas en todos los campos: cine, literatura, pintura, escultura, teatro o música. Habitualmente el arte pretende captar la realidad que nos rodea, y si hay una realidad incuestionable en la sociedad, ésa es el fútbol.

Sin lugar a dudas el fútbol es un fenómeno solidario extraordinario y probablemente no haya otro con su capacidad de convocatoria. Donde hay desgracias –pobreza, droga, discapacidad, catástrofes naturales– el fútbol es una de las primeras alternativas a las que se acude, y éste, siempre generoso, presta su apoyo a cualquier iniciativa que le reclama.

La función pedagógica del fútbol es incuestionable, por eso también representa un fenómeno educativo de enorme eficacia. El balompié exige poner en práctica valores como el trabajo en equipo, la solidaridad, la generosidad, la disciplina, el compañerismo o el juego limpio. Gracias a ello luego resulta más fácil trasladar todos estos valores –de enorme utilidad– a nuestra vida diaria. Ni más ni menos que un premio Nobel, Albert Camus, fue el que señaló lo siguiente: «Después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol».

Esta capacidad de influencia en todos los órdenes ha convertido al fútbol en el rey de los fenómenos. Era una cuestión de justicia, por tanto, rendirle un homenaje.

De todos los libros que he publicado hasta el momento, éste es el que con creces más tiempo y esfuerzo me ha consumido, aunque también, todo hay que decirlo, con el que más he disfrutado tecleando en el ordenador. La razón es sencilla: hablar de otros temas interesa a unos pocos; hablar de fútbol interesa a casi todo el mundo, y eso supone un plus de motivación a la hora de sentarse a escribir.

Son muchos los escritores que se confiesan futbolistas frustrados. La pluma se convierte entonces en la alternativa con la que saciar la nostalgia de pisar el césped. El mexicano Juan Villoro lo expresa magistralmente: «Fui un estupendo futbolista sólo en mis sueños; siempre quise ser jugador, lo cual es, obviamente, una vocación frustrada, porque no tuve suficiente talento. Así que la manera de acercarme al juego es hablar de él incorporándolo a la literatura. Ésa es una ventaja de mi oficio, que tus frustraciones y deseos se pueden satisfacer inventándose como personaje». Probablemente en mi caso también haya algo de cierto.

A lo largo de todo el libro he pretendido que el humor no falte. Desde mi punto de vista, el rigor no está reñido con la diversión. Groucho Marx, con su ironía habitual, afirmaba: «La risa es una cosa demasiado seria». Por este motivo, las citas, anécdotas y curiosidades son frecuentes y espero hagan pasar un buen rato al lector.

Unas últimas palabras. Un libro no se acaba, se termina. Uno nunca ve el momento de poner el punto final y cuando se hace se tiene la sensación de que hay deudas pendientes. El fútbol es inabarcable. Páginas enteras pueblan a diario los periódicos deportivos y no deportivos. Uno podría seguir y seguir escribiendo párrafos de manera indefinida. Las razones para concluir son evidentes: espacio y tiempo. Ha habido cosas que se han quedado en el tintero que espero que en futuros artículos y libros vayan apareciendo.